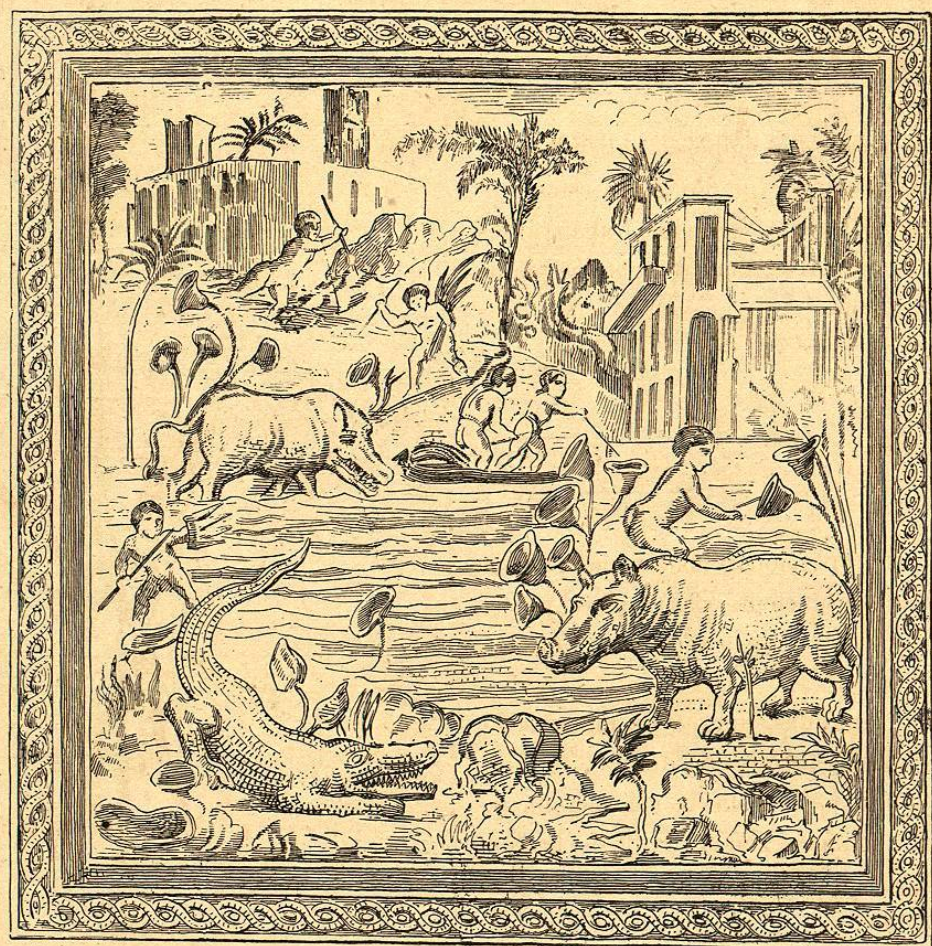


palomas, zoritas y otras aves; entre los papiros y nenumbos, que cubren de espeso verdor las orillas del río, se acurrucan los alcatraces, las grullas, las cigüeñas. Éstas, para dormir, esconden su largo pico bajo sus alas, sin moverse por nada; pero las grullas se azoran al ruido de un remo, ó, á la voz del barquero, alargan el cuello y espían temerosas el lejano horizonte y en torno suyo.»



Lucha del cocodrilo é hipopótamo en Egipto.—Mosaico del musco Kirdor

por medio de palas ligeramente encorvadas. Diversas suertes de artificios se usaban en las cazas acuáticas; desplegando la nobleza egipcia, en sus fiestas, todas las galas, todos los colores y caprichosas formas, trasunto de su extraña civilización.

Los antiguos egipcios cazaron con redes y lazos á la avutarda, la ganga, la perdiz y la codorniz. La caza de los avestruces proporcionaba bellísimas plumas, que servían para fabricar los espléndidos abanicos y quitasoles, que son la nota característica de los cortejos egipcios.

La caza mayor de diversos cuadrúpedos, tales como las gacelas, puerco espín, lobo, etc., etc., se realizaban

Pues bien: en esta escena maravillosa y espléndida, que arroba y suspende los sentidos, surcaban por la plácida y mansa corriente del Nilo ligerísimas embarcaciones llenas de cazadores. Silbaban las flechas, atravesando el pecho de las delicadas aves que poblaban á millares aquellos sitios; sorprendían en sus coloquios amorosos, en sus nidos de ninfeas y lotos, á las palomas, cigüeñas y grullas; y los derribaban diestramente

usando los egipcios la jabalina y la flecha ó el lazo.

En el capítulo dedicado á estudiar á los perros en la antigüedad, hallarán nuestros lectores curiosas noticias acerca de los canes de caza egipcios.

Amaestrados, eran los perros poderoso auxiliar para los cazadores, al igual que los caballos de pura sangre. (1)

La caza en Egipto se realizaba á pie, ó bien montados sobre ligerísimos carros, seguidos de lebreles ó de leones amaestrados para la caza, por el estilo del lobotigre, ó *tchitah* en la India moderna.

(1) *Histoire de la Chasse*, par le baron Dunoyer de Noirmont.

La gacela y el jabalí proporcionaban abundante caza á los egipcios, pero no comían de la carne del cerdo salvaje, por tacharla de impura (2).

La caza con halcón, que tuvo tan ferviente culto en Persia y en el Asia Menor, se extendió también por todo Egipto y en Magreb en tiempo de los califas.

En la antigüedad (3) se adiestraba el *sakr-el-hor* (*Falco tanypterus*), importado del Asia Occidental y muy raro en Egipto; el *sakr-schahini* (*Falco sacer*); el halcón viajero (*Falco peregrinus*).

Con el halcón cazaban los egipcios las gacelas, las liebres y los pájaros.

En la caza que hacían los egipcios valiéndose de los palos, merece consignarse que los gatos, estos animales que tan profunda veneración inspiraban á los egipcios, servían, como perros, para recoger las piezas y llevarlas á los cazadores.

II

Los datos que nos proporcionan las ciencias paleontológicas ó históricas son suficientes para guiar el pincel ó el lápiz del artista, y dar vida á escenas venatorias egipcias.

Unas, plácidas y tranquilas, junto á las moradas de los magnates, espléndidas fiestas, en que tras suntuosos banquetes, y apuradas las delicias gastronómicas, se cazaban, merced á artificios, con el auxilio del halcón ó de diestros lebreles, aves ó pequeños animales venatorios.

La historia ha hecho célebres las fiestas en que era la heroína Cleopatra.

Cuando tras la batalla de Filipo se unieron en amoroso lazo Cleopatra y Antonio, comenzaron en Bruchium y Alejandría los espléndidos banquetes, las fiestas y regocijos.

Célebre es por su magnificencia el bote en que la hechicera del Nilo salió á recibir al romano en el río

(1) Á los egipcios, como á los judíos, les estaba rigurosamente prohibido el consumo de la carne de cerdo. Una mención escrita de esta prohibición encuéntrase en una tumba de Abd-el-Qurnah, y en otras. (Véase también Porf, *De abstín.* IV). El cerdo se consideraba como animal muy impuro, perteneciendo á Set (Tifón), que había tomado su figura, como el jabalí pertenecía á Ares; y los porquerizos eran despreciadísimos. Solo en las fiestas de Osiris y de Eileithya sacrificábase ganado de cerdo (Herodoto, II, 47).

(2) *Les peuples de l'Afrique*, por R. Hartman.

Cidno; célebres el palacio, los jardines, las riquezas que derrocharon ambos amantes, apurando la copa del placer hasta las heces.

Por doquier resonaban cantos, se esparcían aromas, y se alborotaban los ecos con los rumores báquicos de libidinosos amores.

Pero quizás más célebres que todo fueron aquellas cacerías en que Antonio y Cleopatra, medio cerrados los ojos, adormecidos los sentidos, eran espectadores



Carcaj y flechas de caza egipcias

de hecatombes de millares de palomas, cigüeñas ó alcatraces. Cacerías acuáticas en que el fondo de la escena eran espléndidos jardines y ricos palacios, y el terreno de caza las movedizas aguas del Nilo.

Deslizábanse suavemente las embarcaciones de los convidados, mostrando las riquezas de un pueblo sibarita.

Antonio y Cleopatra, amorosamente entrelazados, se dignaban hacer un gesto ó hacer una señal de aprobación cada vez que el diestro cazador clavaba con cer-

tera puntería la flecha ó el dardo en el corazón de la víctima.

Millares de aves de diversos plumajes y atavíos formaban caprichosa montaña en el patio del palacio de Cleopatra, y eran recogidos por su gente, y servían para proporcionar elementos á sus festines.

Pero, junto á estas cazas palaciegas, sin riesgos, ni azares, de mero esparcimiento y recreo, había también en Egipto, como queda ya apuntado, la caza mayor de fieras. Luchas mucho más terribles que las nuestras, pues los egipcios que luchaban con el león se batían cuerpo á cuerpo, con auxilio de alabardas. Por fortuna, también sirvieron los toscos artificios primitivos del hoyo cubierto de ramaje, usado en todos los pueblos.

Frecuente fué la caza de semejantes alimañas, y lo pregonan no sólo el testimonio de la historia, que da cuenta del sinnúmero que vagaba en aquellos siglos por Egipto y otras regiones, sino la reproducción incesante de las imágenes de leones y leonas en templos y subterráneos; y, más que todo aún, la profusión de pieles de leones y otras alimañas salvajes, que servían de adorno á los reyes y magnates, de abrigo á la gente de guerra y de mullido regalo para las damas egipcias, constituyendo objetos suntuarios de valor.

Plutarco ha hecho una deliciosa descripción de la nave de recreo de Cleopatra.

«Navegaba,—dice,—por el Cydnus con un barco con popa de oro, velas de púrpura, y remos de plata; bogaban los remeros al son cadencioso de las liras y flautas. La reina, adornada con sus mejores joyas y vestidos, se hallaba acostada bajo un pabellón bordado de oro, rodeada de sus mujeres, vestidas de gracias, ne-reidas y amores.»

En esta preciosa nave se realizaban deliciosas cacerías de aves, enmudeciendo la música, parando los remos y silbando las flechas.

Dato curioso ofrece la descripción de las pequeñas embarcaciones fabricadas con papiros, propias para ir contra la corriente ó atravesar directamente el ancho del río. Estas naves de forma característica eran manejadas á maravilla por un solo hombre, y su dibujo hállase en una tumba cerca de las pirámides.

Se soldaba el papiro con asfalto ó pez, y resultaban unas naves ligerísimas como cestos de mimbre. Estas navecillas surcaban, sin cesar, el río y sus canales, y servían principalmente para la pesca, ó la caza de los pájaros. Ofrecía su poca consistencia algún peligro, pero los bateleros del Nilo manejaban tales naves con singular destreza, y rebosan en Egipto bajos relieves,

en que se ven deslizar rápidas sobre el agua semejantes naves.

Ofrecen interés, para un cuadro venatorio del Egipto en la antigüedad, los siguientes detalles geográficos.

El valle del Nilo hállase encerrado entre dos cadenas de montañas; la Arábica al este y la Líbica al oeste. Estrecho en la parte superior, situado en territorio de la añeja Etiopía, mide allí sólo de cinco á seis kilómetros; pero después se va ensanchando paulatinamente, ofreciendo un espacio promedio de veinte á veinticinco kilómetros. En Menfis termina el valle, que es reemplazado por la vasta llanura Delta, apellidada así por la semejanza que tiene con la letra de idéntico nombre en el alfabeto griego.

El Nilo, al llegar cerca de Menfis, se divide en dos ramas: la de Roseta, que se dirige hacia el noroeste, y la de Damietta, primero hacia el norte y después al noroeste. Los antiguos egipcios conocían cinco otras ramas navegables, hoy cegadas. La configuración del país se divide en dos regiones: una fértil y riente, rica y poblada, á orillas del Nilo; y otra árida, desierta, inculta, habitada por tribus nómadas y rebeldes á la civilización.

En el año 642 de nuestra era, el califa Omar ordenó á uno de sus generales, que acababa de conquistar el Egipto, le trazase el cuadro fiel de aquel país. Amrón escribió:

«¡Oh, Príncipe de los fieles! Imagina un desierto árido y una campiña magnífica en medio de dos montañas: hé aquí Egipto. Todas sus producciones y riquezas, desde Assonan hasta Menchas, se deben al río sagrado que discurre con majestad en medio de este país. Los movimientos de crecimiento y retirada de sus aguas se realizan con la regularidad en que siguen su camino en los cielos el Sol y la Luna. Hay una época del año en que todos los afluentes acuden á pagar el tributo á que les ha sujetado la Providencia. Entonces las aguas aumentan, salen de madre, y cubren el suelo egipcio para depositar el limo fecundante.

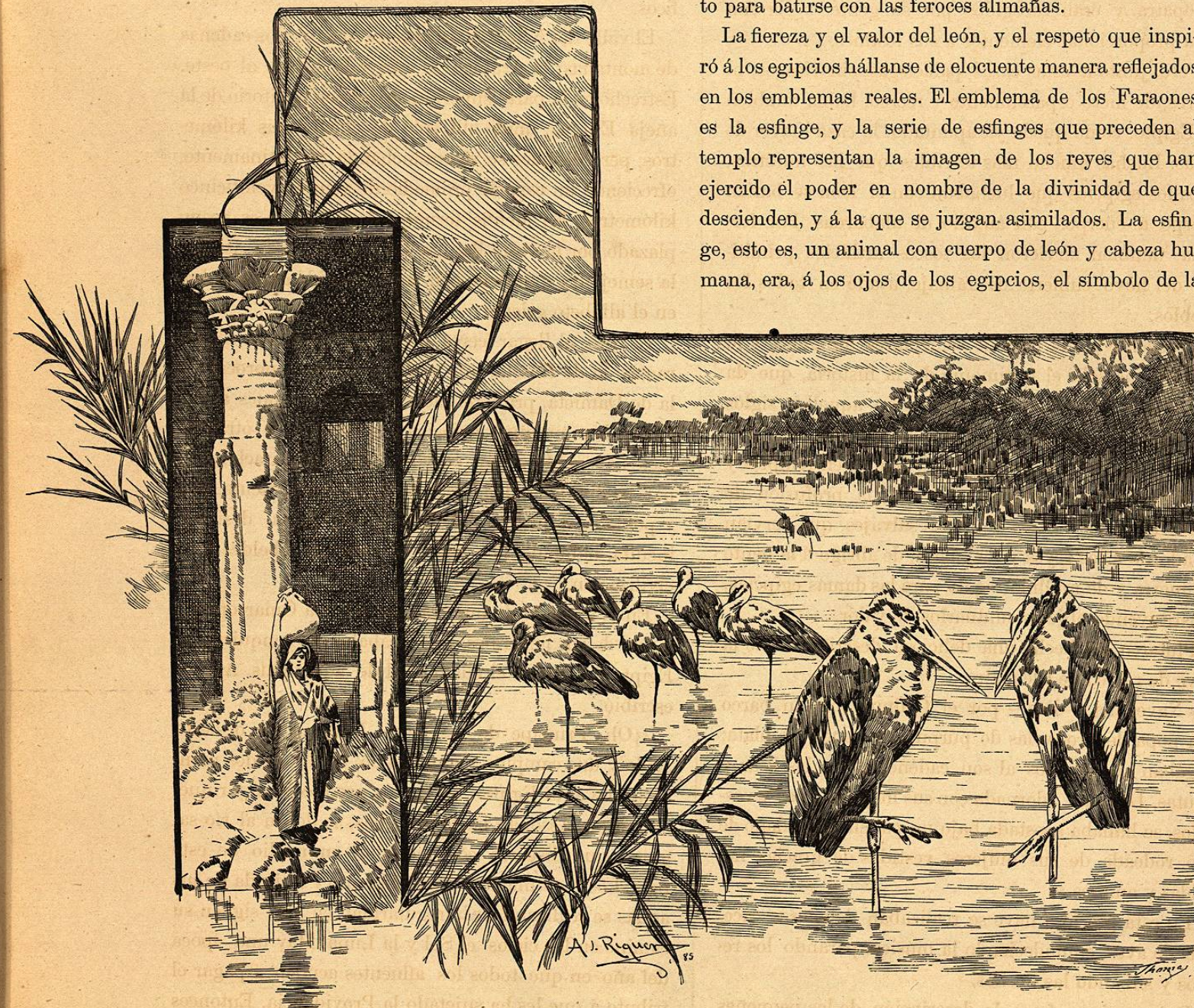
Cuando las aguas cesan de ser necesarias á la fertilidad del suelo, el río entra sumiso, de nuevo, á su lecho, para dejar recoger el tesoro que ha depositado en el seno de la Tierra. De esta suerte ¡oh Príncipe de los fieles! Egipto ofrece alternativamente la imagen de un desierto polvoroso y de una llanura líquida y argentina; de charcos negros y fangosos, de ondulantes y verdes praderas, de jardines esmaltados por preciosas flores, y de un campo cubierto de doradas espigas. ¡Bendito sea el autor de tantas maravillas!»

Herodoto llama á Egipto un presente del Nilo, y tiene razón; pues si por un momento se supone que ha desaparecido el río, ó que ha torcido su curso en la parte superior, como lo había soñado el portugués Al-

burquerque, Egipto no existiría, confundiendo con los desiertos que le rodean.

Los cazadores egipcios enderezaban sus pasos á orillas del Nilo para saborear la caza acuática, y al desierto para batirse con las feroces alimañas.

La fiereza y el valor del león, y el respeto que inspiró á los egipcios hállanse de elocuente manera reflejados en los emblemas reales. El emblema de los Faraones es la esfinge, y la serie de esfinges que preceden al templo representan la imagen de los reyes que han ejercido el poder en nombre de la divinidad de que descienden, y á la que se juzgan asimilados. La esfinge, esto es, un animal con cuerpo de león y cabeza humana, era, á los ojos de los egipcios, el símbolo de la



Las zancudas del Nilo

fuerza unida á la inteligencia. El león fué adoptado también por emblema real, y figura en los estandartes militares egipcios. Bajo la XVIII dinastía,—dice M. Pierret en su *Diccionario Arqueológico Egipcio*,—abundan las sortijas que llevan esculpidas un león derribando á su enemigo. Amenofis III mereció el título de *León de los reyes*.

En la sala histórica del Museo Egipcio del Louvre vese una sortija de oro, apellidada de *Touthmés III*, que representa á un león arrollando á un hombre. En

las escenas militares de los hipógeos nótese con frecuencia que el león camina junto al carro real.

El áspid era otro emblema de los Faraones, y no era raro ver dos serpientes entrelazadas en los tocados de las reinas; pero el buitre era el emblema por excelencia.

El emblema venatorio usado por los Tolomeos fué la cabeza de elefante. Más de una medalla antigua representa á la reina Cleopatra Coccé, mujer de Tolomeo VII, adornada con un tocado de aquella especie.